

Mario vuelve a casa observando el paisaje urbano del sur de la ciudad como si lo hubiera visto por primera vez.

Preferirá el confort del hogar a pasar las noches siguientes en una tienda de campaña como manera de conmocionar a la opinión pública, y sobre todo a la clase proletaria actual convertida en consumidores sin conciencia, carentes de moral y de sentimientos afectivos.

Como aquella tarde todos sus conocidos y compañeros intelectuales se mostrarán fríos con él, se encerrará aún más en la soledad de una filosofía marxista que supondrá para él un callejón sin salida.

En la asociación comunista a la que pertenecía faltarán libros y dinero, y las sospechas recaerán sobre él.

Su aspecto se volverá cada vez más gris, y aunque continuará con su tesis e incluso dando clases esporádicamente, los alumnos jóvenes de su facultad le apodararán "el filósofo amargado".

Todo aquello que sus compañeros le recomendarán, creyendo que podría mejorar no sólo su filosofía, sino su estado de ánimo; no servirá para nada.

Grandes filósofos como Epicuro, permanecerán desconocidos para él.

También Rancière, precisamente el joven que desafió el poder del gran Althusser, al que él sin embargo se empeñará en consagrar toda su juventud.

Ese verdadero pensador estará presente en todos los cambios de mentalidad y en cada una de las insurrecciones políticas de los próximos años.

De hecho ya en aquel 15 de mayo, y a partir de él, podrá escucharse el eco de sus palabras visionarias, pues se tratará de uno de los pocos capaces de detenerse a pensar en vez de dejarse arrastrar por la corriente, con el fin de ganar tiempo como si se tratara de oro.

Tampoco se ocupará jamás, por principios claramente machistas, de la obra de ninguna filósofa.

Disfrutar del conocimiento de la razón poética de María Zambrano le hubiera mejorado el carácter.

Pero nunca, tan ocupado por la filosofía proletaria actual, tendrá tiempo que perder con asuntos femeninos.

Conocerá a mujeres inteligentes, pero que en el fondo no le interesarán en absoluto y acabarán desapariendo de su vida.

Querrá casarse al llegar a los cuarenta, pero no encontrará con quién, ya que no será atractivo, ni tendrá dinero, ni coche.

Como ahora, pero cada vez de manera más vergonzosa, hasta las más decentes y de buena familia se venderán como ganado en las ferias para procrear.

Los hombres también las tratarán como tal.

Pero el que carezca de bienes, como él, tendrá que conformarse con las que se ofrecen a todos como sucedáneo a través de las pantallas.

Es decir, la cuestión del futuro será ver y no tocar, hablar y no ser escuchado, y en su caso escribirá para no ser leído.

Al menos conseguirá, con tanto sacrificio, obtener un henchido currículum, pues el gallo intelectual no dejará de inflarse y cantar ufano el resto de su vida.

El problema es las gallinas cluecas españolas descubrirán rápidamente sus orígenes mestizos y se negarán a sacrificar su vida para traer al mundo a un piel oscura.

Por suerte encontrará trabajo como profesor en Perú, y allí será considerado un genio.

Se casará con una mujer relativamente rica, publicará libros y, sintiéndose incomprendido en España, no regresará hasta la muerte de su padre.

Y entonces observa el paisaje desde el tren como si lo viera por primera vez.